

una mirada vaga los reflejos dorados de la tarde, y soñando con *Ella*, con su mirada, con su sonrisa, y con su amor; ó bien pensando con su enfermedad, y en la tristeza de mi pobre madre, lloraba y suplicaba á Dios, con las manos elevadas al cielo, que me perdonase, en su misericordia infinita, no dejando mi sitio hasta que la fatiga me obligaba á acostarme, para reparar mis fuerzas.

XXVIII

DOS meses haria que trabajaba con mis compañeros en la conclusion del altar, cuando un dia el escultor me llamó á su taller particular.

Mostróme un bello modelo de yeso en cuya áncora simbólica reconocí una personificacion de la Esperanza, y me dijo que lo examinase con atencion, porque deseaba saber mi parecer.

Le obedecí; pero al ver que guardaba silencio, me preguntó:

—¿Qué os parece esta estatua?

—Tal como está comprendida, la encuentro extremadamente bella, le contesté tímidamente.

—Tal cual está comprendida? hay, pues, alguna restriccion? vamos, hablad con franqueza: no os he llamado para oir vuestros elogios: yo sé bien que alguna cosa falta á este ensayo: si podeis hallar lo que es, me hareis un gran favor, porque empiezo á disgustarme grandemente de buscar yo en vano.

—Mi talento es demasiado limitado, murmuré, para que me atreva á criticar tan bella obra: sin embargo, estoy seguro de que si la hubiera ejecutado yo, la imaginacion me la hubiera hecho concebir mas inferior; pero la ejecucion no hubiera sido la misma.

—Pero ¿cómo la hubierais concebido? eso es lo que yo deseo saber! exclamó el escultor con impaciencia.

Le dije entonces, que á mi parecer, la belleza corporal que los griegos buscaban, respondia á no dudarlo, á sus costumbres y á su religion; pero que el cristianismo, mirando el cuerpo como polvo, tenia por fin en el arte, el traducir las emociones del alma inmortal: añadí que el modelo de la Esperanza, si hubiese sido obra mia, no se hubiera parecido á una divinidad griega; y que la hubiera hecho mucho mas humana que la que estaba mirando.

Mi maestro me oia con placer, y me pidió que le dijese algo acerca del rostro de la estatua: con la mayor delicadeza posible traté de hacerle comprender que hallaba la expresion demasiado tranquila, demasiado fria y falta de entusiasmo hácia *El*, que es la fuente de toda esperanza: insensiblemente me dejé arrastrar por mi sentimiento: se habia herido una de las cuerdas de mi corazon, que no necesitaba tanto para vibrar con violencia: representé á la Esperanza como el origen supremo de toda fé, de toda religion, de toda alegría, y hablaba con íntima conviccion; porque si el Creador no hubiese puesto en el corazon del hombre esa centella luminosa que se llama esperanza, ¿dónde hubiera hallado yo la razon y la fuerza para soportar los sacrificios, los dolores y el trabajo de la vida, no sabiendo que un Sér Supremo cuenta nuestras penas?

Mi maestro se enterneció profundamente con mi lenguaje entusiasta, y aunque me dijo que me dejaba exaltar hasta la exageracion, me estrechó la mano con una satisfaccion sincera.

Me explicó por qué aquel modelo le disgustaba, segun me habia dicho: un banquero excesivamente rico, y poseedor de un magnífico gabinete de objetos de arte, le habia encargado una estatua de la Esperanza para colocarla en medio de muchas obras maestras de escultura:

ese banquero, de origen aleman, era un hombre muy religioso, y tenia, acerca del arte, otras ideas que las que reinaban en Francia: muchas veces ya habia venido á ver el modelo, y siempre se habia mostrado descontento, á pesar de las numerosas modificaciones que el escultor habia hecho: el banquero tenia las mismas ideas que yo, acerca del arte, y esto, asombraba mucho á mi maestro: éste daba mucha importancia á poder contentar al rico aficionado, y me rogó que le dijese de una manera mas precisa y mas detallada, como yo creia, que la actitud, la expresion y las formas de su estatua debian ser para responder al deseo del banquero.

Hablé durante tan largo tiempo, y aconsejé tantos cambios, que al fin ninguna de las partes de su composicion habia escapado á mi crítica: sin embargo, como me expresaba con mucho respeto, mi franqueza no hirió al escultor; solamente sacudió la cabeza con aire pensativo, y me dijo:

—Vosotros, los hombres del Norte, comprendéis el arte de otro modo que hoy lo comprendemos en Francia: ¿quién tiene razon? dejemos la cuestion pendiente: en cuanto á mí, ya soy viejo, y no es á mi edad cuando se cambia el modo de ver las cosas: me es imposible complacer al banquero: y sin embargo, me sería muy sensible el perder su estimacion y la poderosa proteccion que me dispensa.

Hubo un momento de silencio.

—Hijo mio, me preguntó de repente el maestro, si os rogase que hiciérais una prueba, acertaríais á poner en ella el sello de vuestros sentimientos, acerca del arte cristiano?

—En cuanto á la idea, á lo menos, me atrevo á esperar, respondí: en cuanto á las formas y sus proporciones, vuestra mano maestra es la que debe conseguirlas: porque en este punto soy novicio é inexperto, señor.

—Así es como yo lo entiendo! exclamó el escultor con alegría: parto mañana á Burdeos, con el altar terminado: para su colocacion, deberé estar ausente ocho dias: hay allá arriba en el piso tercero un cuartito donde yo trabajo y medito algunas veces: haré llevar allí barro preparado, y vos hareis vuestro ensayo: tirando de la campanilla, uno de los aprendices irá siempre á recibir vuestras órdenes: os guardareis la llave de esa habitacion, y yo prohibiré severamente el que nadie vaya á incomodaros: aprovechad el tiempo y adelantad el bosquejo todo lo posible: estoy curioso por saber hasta dónde alcanzan vuestras fuerzas: así está dicho: desde mañana os poneis á la obra, y me hareis el bosquejo de una Esperanza cristiana.

Le ofrecí hacer cuanto pudiera para merecer su aprobacion, y al dia siguiente dí principio á la obra con ardor, porque estaba tan exaltado y veia mi ideal tan claro y tan viviente, por decirlo así, que juzgué inútil el diseñar en pequeño para guiarme en mi trabajo.

¿Qué sería mi estatua? ¿Dónde hallaria yo mi inspiracion? Nadie como yo habia visto en la tierra la esperanza encarnada en una criatura humana.

¡Rosa! Rosa con su dedo elevado al cielo, con toda el alma en sus ojos, con el rostro iluminado y radiante con la fé en una vida mejor, levantado hácia Dios, fuente de toda esperanza!

Oh! yo era aun artista! Toda la vivacidad de mi espíritu me habia sido devuelta, solo pensaba en mi creacion y me sentia tan dichoso y tan grande que sin saberlo humedecia con lágrimas la arcilla que movia entre mis dedos febriles: y ¿cómo podria ser otra cosa? Lo que hacia era la encarnacion de mi amor, de mi creencia, de mi esperanza: Rosa estaba allí, delante de mí, como el ángel inspirador del artista; trabajando me sentia mas cerca de ella, en comunicacion mas íntima con su alma que du-

rante mis sueños mas lisonjeros: así, la arcilla tomaba forma como por encanto entre mis manos: si estas manos hubieran sido veinte no hubieran podido trabajar mas aprisa.

Sin embargo, cuando hube modelado enteramente mi estatua y la ví con su carácter propio aunque toscamente delineada, me espantó una dificultad que en vano habia tratado de superar: no solamente mi estatua tenia la actitud solemne y la expresion entusiasta de Rosa en el instante en que me habia dicho adios, hasta el cielo, sino que era exactamente su figura la que mi mano habia producido, imprimiendo en sus facciones y en sus formas enflaquecidas el sello de una extrema y doliente languidez: mi estatua era pues demasiado débil de formas y demasiado delgada.

Luché mucho tiempo antes de poder corregir este defecto: en fin, lo conseguí en parte y mi bosquejo adquirió cierta redondez que bastaba, al menos, para quitarle su apariencia enfermiza.

Entonces me puse á trabajar con mas confianza y mas ardor y apresuré tan vivamente la ejecucion, que pasé casi todo el octavo dia en contemplar mi obra con enagenamiento, no hallando ya ninguna correccion que hacer en ella.

Mi maestro llegó por la tarde: reconocí su voz en la escalera y esperé con el corazon palpitante que abriese la puerta de mi cuarto: ¿cuál iba á ser su juicio? en fin, apareció, y exclamó al entrar:

—Y bien, amigo mio, ¿cómo va eso? ¿Se ha trabajado mucho? Veamos como comprendeis á la esperanza cristiana.

Al decir estas palabras se aproximó á mi estatua: pero casi al mismo instante retrocedió herido de un sentimiento del que no pude darme cuenta, y la consideró algun tiempo hablándose á sí mismo: despues se lanzó hácia

mí, me tomó la mano, me la estrechó con fuerza y me dijo con voz conmovida:

—Sois un artista! oh! sois un gran artista! las formas son demasiado delgadas, pero esta falta tan ligera la hará desaparecer mi mano; vos teneis demasiada inspiracion y demasiado talento para adquirir con el tiempo una gran celebridad: pobre jóven! perdeis aquí un tiempo precioso para vos, para trabajar la madera y la piedra, y solo ganais un pedazo de pan! esto no es justo y debe tratarse á las gentes segun su mérito: yo os procuraré los medios de haceros conocer y entre tanto desde hoy doblo vuestro sueldo en tanto que esteis aquí; no sereis para mí un obrero sino un amigo, hablaremos juntos del arte y traeremos á la conversacion, vos, el entusiasmo de vuestro corazon jóven y ardiente, yo la experiencia, y ambos ganaremos.

Dí gracias profundamente conmovido á mi generoso maestro; pero él apenas me dejó tiempo para expresar lo que sentia.

—Corro á casa del banquero, me dijo, es preciso que venga al instante: muy difícil de gusto ha de ser si no queda contento esta vez; si está en casa le traeré conmigo: quitad de ahí esos pedazos de arcilla y levantad un poco la cortina, vuestra estatua tiene poca luz.

Dichas estas palabras bajó la escalera de cuatro en cuatro, dejándome entregado á una viva impresion de orgullo y de alegría.

Media hora despues oí ruido de pasos que salian de la escalera de mi taller: me retiré á un rincon de mi habitacion y me senté delante de una mesa figurando que dibujaba.

Apenas se abrió la puerta oí un grito de admiracion lanzado por el banquero, que dijo á mi maestro.

—Esto es soberbio! os felicito con toda mi alma! habeis al fin comprendido mejor que yo mismo lo que deseaba! recibid toda mi gratitud. ¡Oh! aquí vive la naturaleza! y

qué expresion! qué aspiracion á Dios! sí, sí, así es como se debe representar la Esperanza de los cristianos!

—¿Y si os dijese que no soy yo el autor de esta estatua? preguntó el maestro.

—¿Qué quereis decir? exclamó el banquero sorprendido.

—Que yo puedo mejorar aquí alguna cosa: la figura es demasiado delgada, y hay algunos detalles en ella que deben ser corregidos: pero no soy capaz de atribuirme el mérito de otro: el autor de esta estatua que admirais, es aquel jóven que se ocupa ahora en dibujar.

Y volviéndose hácia á mí, añadió:

—Venid, amigo mio: venid á recibir los elogios, que os pertenecen de derecho.

Obedecí. El banquero se acercó á mí, y se puso á elogiarme calorosamente mi obra: conmovido y confuso, tenia la vista inclinada: pero el maestro me tocó en el hombro, y exclamó:

—¡Ah, mi querido Leon! no esteis semejante á una jóven tímida: alzad la cabeza, pues un artista como vos, tiene derecho para hacerlo!

El banquero se dió una palmada en la frente.

—Leon! es extraño! dijo en voz baja: maestro, yo conozco á todos vuestros discípulos, mas á este jóven, no le habia visto todavía. ¿Os llamais Mr. Leon? prosiguió dirigiéndose á mí: perdonad mi indiscrecion: pero desearia saber quién es vuestra familia y en qué sitio habitan vuestros padres: cuál es la patria que tiene la dicha de haberos visto nacer.

Contesté con sinceridad y franqueza á todas sus preguntas.

—¡Es increíble! exclamó: sin esta estatua, jamás os hubiera hablado, y sin embargo, hace quince dias que os busco en todos los talleres de escultura de Paris: pero ¿cómo habria de pensar hallaros en una casa donde co-

nozeo á todos? amigo mio, tengo una carta para vos: una carta muy urgente: es de un rico negociante de Amberes, que debeis conocer, y que se llama Mr. Pavelyn: ignoro lo que desea de vos, porque me suplica que os busque y que os dé su carta: le he escrito que nada dejaria por hacer, para cumplir su ardiente deseo: ahora mismo voy á enviar á mi criado que me espera abajo, para que pida esa carta á mi secretario: irá en mi coche, y volverá al instante.

El banquero bajó para dar sus órdenes, y volvió á subir al taller: miró de nuevo mi estatua: alabó en particular cada uno de sus méritos; habló conmigo del arte pagano, del arte gótico y del arte moderno, y me ofreció su poderosa proteccion.

Fué interrumpido por la llegada de su criado, que le dió una carta cerrada, la que me entregó inmediatamente.

Era, sin duda, la mano de Mr. Pavelyn, la que habia escrito mi nombre en el sobre: pálido y temblando la abrí: pero despues de reconocer las dos primeras líneas, un velo se extendió ante mis ojos: dejé escapar un grito desgarrador y mis piernas flaquearon, y me dejé caer al pié de la estatua.

El maestro me levantó en sus brazos: el criado tomó un vaso de agua y humedeció mis sienas: pero no estaba del todo desmayado, é hice señal de que me dejasen respirar un poco: no podia creer en lo que decia aquel papel abierto aun delante de mis ojos: mi primer movimiento fué recojerlo y volverlo á leer: entonces repetí en voz alta las terribles palabras que me habian hecho sucumbir á mi dolor y á mi espanto.

“¡Venid, venid pronto, Leon! ¡Ay! ¡Ella camina con paso rápido hácia la tumba! ¡Una sola esperanza nos queda! ¡Vuestra presencia pueda, quizá, salvarle la vida. . . ! ¡Venid! mi pobre Rosa os llama dia y noche!”

No pude leer mas: me arranqué la blusa, y tomé mis vestidos.

—¿Qué teneis? ¿Qué vais á hacer? exclamó el maestro, espantado de la violencia de mis movimientos.

—¡Partir! ¡Debo partir. . . ! ¡Ella me llama! ¡Se muere! . . . ¡Adios! . . .

—Ella se muere! ¿Quién?

—¡Allá. . . allá. . . en Amberes! ¡Es ella! ¡La Esperanza! Mi estatua, ahullé yo como un loco.

El maestro se colocó delante de la puerta y me cerró el paso.

—¡Pobre jóven! dijo: ¡No puedo dejaros partir así! ¡Vuestro cerebro no está sano!

—¡Oh no, no! exclamé con tono suplicante y con las manos juntas: ¡Os engañais, señor mio! ¡No estoy loco! ¡Oid y juzgad! . . . Yo era un pobre niño mudo: otra niña, hija de una familia rica, me ha sacado de la miseria, me ha instruido, ha hecho de mí un artista: mujer ya, ha amado á su protegido con tanta pasion, que va á pagar con su vida este malhadado amor! ¡Quizá en este momento está ya inmóvil en su lecho de muerte: ella me llama para salvarla ó para cerrarle los ojos: ¿Y podria yo dejar de volar hácia ella? ¡Ah, yo os lo suplico: Dejadme partir!

—Ya comprendo, dijo el maestro con los ojos llenos de lágrimas; pero á lo menos no ireis á Amberes á pié: ¿Teneis dinero?

—¿Dinero? repetí, creo que sí, en mi cuarto. . . . Acaso es demasiado poco.

El generoso artista vació en mi mano su bolsillo que contenia algunos luises, y me dijo:

—Tomad: que Dios os proteja en vuestro viaje: partid lo antes posible: ya arreglaremos cuentas.

No bien ví la puerta libre, me lancé á la escalera con un grito de alegría.

Dos horas despues, estaba en una silla de posta, que corria hácia Bélgica.

XXIX

DESPUES de un viaje rápido, que sin embargo pareció muy lento á mi febril impaciencia, llegué á Amberes, por la tarde: antes de que la silla de posta se hubiera detenido del todo, salté al suelo, y corrí sin tomar aliento, á casa de Mr. Pavelyn; pero allí supe por un criado, que toda la familia se hallaba en el castillo de Bodeghem, á donde habia ido con la esperanza de que el aire del campo fuese provechoso á la enferma.

Sin perder un instante, corrí á casa de un alquilador de carruajes, é hice enganchar dos buenos caballos á un coche ligero: le prometí doble salario, y poco despues, seguíamos el camino que llevaba á mi aldea, con la rapidez del viento.

Al fin se detuvo el coche detrás de la verja que cerraba el parque: arrojé al cochero una moneda de oro y salté al suelo: un criado abrió la puerta y me saludó con un grito de alegría: me condujo al vestíbulo á toda prisa, y sin decirme una palabra, abrió la puerta y exclamó:

—¡Ya está aquí Mr. Leon!

Tres exclamaciones de alegría respondieron á este anuncio: ví á Rosa levantarse casi de un salto de un ancho sillón lleno de almohadones, donde se hallaba tendida: ví á mi madre, que tenia en las suyas, las manos de la jóven

enferma: ví á Mr. y Mme. Pavelyn, cuyos semblantes se iluminaron á mi aparicion con un gozo profundo. . . . pero ¡oh Dios! ¡cómo hallé á Rosa!

El dolor y la enfermedad la habian cambiado de una manera horrible! sus megillas estaban cóncavas y enflaquecidas, sus ojos vidriosos, sus labios azulados! era verdad que la muerte habia señalado á su inocente víctima! yo venia solo á verla morir!

A este espantoso pensamiento, una desesperacion inmensa se apoderó de mí: sentí que todo mi cuerpo temblaba: quise hablar, pero cualquiera hubiera dicho que habia vuelto á ser mudo.

En vano moví los labios, ningun sonido salió de mi boca: un torrente de lágrimas brotó de mis ojos, y me dejé caer en una silla, aniquilado y sin fuerzas, con la cabeza oculta entre las manos, que apoyé en el borde de una mesa.

Oí la dulce y débil voz de Rosa, que me dirijia palabras de consuelo: sentí los brazos de mi madre, que se esforzaba en hácerme levantar la cabeza con un tierno beso: Mr. Pavelyn me estrechó la mano y trató de distraerme de mi pena, dirijiéndome palabras del mas tierno cariño; pero yo permanecí insensible á todos, y solo respondí con sollozos, hasta el instante en que Rosa murmuró á mi oido con el acento del mas ardiente ruego, estas palabras:

—Gracias, Leon, por vuestras lágrimas: pero tened piedad de mi pobre madre: ved que desgarrais cruelmente su corazon! por amor mio, mostraos valeroso y tranquilo acerca de mi estado!

Estas palabras me hicieron volver en mí: hice un esfuerzo para dominar mi dolor, y levanté la cabeza, en tanto que aun corrían de mis ojos lágrimas silenciosas, pude explicar mi viva emocion por el sentimiento de dicha inefable, de la cual la vista de mis bienhechores y de mi madre, habia llenado mi alma, Rosa interrumpió esta explicacion embarazosa, y me dijo mostrándome una silla á su lado:

—Venid, Leon, sentaos á mi lado: no puedo hablar con vos desde tan lejos, porque esto me fatiga el pecho.

Cuando la hube obedecido, me miró con una sonrisa radiosa y sumergió, por decirlo así, sus ojos en los míos con una singular profundidad: el amor y la dicha alumbraban su pálido rostro; pero esta quietud, esta alegría en sus pálidas facciones, me hicieron probar una angustia nueva, é incliné la cabeza sobre el pecho.

—Os causa mucha pena el verme enferma, ya lo veo, me dijo ella con voz tranquila y alegre: ¡ah! si no hubiérais venido, no hubiera tenido yo el valor y la fuerza de esperar una vida mas larga! pero ahora que estais aquí, me siento ya mucho mejor: mi corazon late mas libremente: hay en él alguna cosa, un sentimiento secreto de la vuelta de mis fuerzas, que me da la seguridad de escapar á la consumcion: ya desde mañana quiero pasearme en el jardin con vos y con mi buena madre: hablaremos de nuestra infancia: evocaremos nuestros dulces recuerdos: disfrutaremos del hermoso tiempo, y admiraremos la belleza del campo: así olvidaré mi enfermedad, recobraré fuerzas y volveré insensiblemente á tener salud: sí, sí, Leon: estoy segura: el Dios bueno y misericordioso os ha destinado á darme dos veces la vida: vuestra sola vista basta para curarme: tened, pues, valor, vos que me amais con tanta ternura: la antorcha de la libertad luce ya para mí.

Estas palabras, dichas con una firme conviccion, hicieron una impresion profunda sobre sus padres y sobre mí: yo empecé á vacilar en mi terrible creencia: la alegre sonrisa que iluminó mi rostro tradujo la alegre esperanza de mi corazon.

Rosa habló aun durante algun tiempo con la misma confianza exaltada, hasta que consiguió que las lágrimas desapareciesen de los ojos de su madre, y que mi desesperacion diese lugar á un estado mas tranquilo.

Entoncés se puso á interrogarme acerca de mi viaje, y

quiso saber con todos los detalles, cómo habia vivido durante mi larga ausencia, y qué me habia sucedido.

Para obligarme á hacer una relacion circunstanciada me dijo que no habia medio mejor de curar á un enfermo que el hacerle olvidar su enfermedad: en tanto que hablaba yo, me interrumpia con alegres observaciones, y se mostró tan animada y gozosa, que llegué á creer me habia asustado sin motivo, y que no habia razon alguna para desesperar de una pronta curacion.

Mr. y Mme. Pavelyn escuchaban llenos de gozo: era visible que ellos se abandonaban mas aun que yo mismo, á las mas dulces esperanzas.

Mi bienhechor tomó parte en la conversacion, mostrándose sumamente afectuoso, y me dió á entender de la manera mas clara que á pesar de sus penas, no habia dejado de amarme.

Como yo habia llegado á Bodeghem, á hora bastante avanzada de la tarde, el crepúsculo empezaba ya á oscurecer la claridad del dia en tanto que olvidábamos nuestras penas en una conversacion llena de encanto y de consuelo: Rosa nos asombraba con su vivacidad, su valor y su alegría: sus labios habian recobrado sus frescos colores con la circulacion de una sangre mas caliente: sus ojos brillaban de satisfaccion: habia en sus palabras y en sus gestos tanta libertad de espíritu y tanta fuerza, que los únicos síntomas de enfermedad que quedaban en ella, era la extrema flacura de sus mejillas y de todo su cuerpo.

En este instante llegó el doctor, que venia á hacer su acostumbrada visita: él tambien parecia estupefacto del cambio favorable que se notaba en la fisonomía de Rosa y sacudió la cabeza sonriéndose.

Despues de haberme dado cordialmente la bienvenida, como á un amigo antiguo, se acercó á la enferma, y observó su pulso durante algunos instantes: despues dijo con una voz, en la que se veia alguna inquietud:

—¡Qué agitacion en la sangre! esta nueva fuerza me asombra: esperemos: acaso se va á declarar una reaccion favorable; pero si no hacemos que termine esta emocion demasiado viva, ahora que aun es tiempo, puede llegar á ser funesta: esta señorita está muy fatigada, aunque no lo parece, es preciso que repose: así, Mr. Leon, vos que tenéis fuerza de voluntad, dejadla ahora, y vos, señorita, dejad para mañana el placer de hablar con nuestro amigo: entonces ya estareis bastante fuerte para continuar la conversacion, que ahora me veo obligado á hacer cesar.

Todos teniamos la convicción de que el doctor nos daba un buen consejo: porque desde que él nos lo habia advertido era fácil conocer que Rosa se hallaba en un estado de extrema agitacion.

Mi madre tomó por pretexto el que mi padre, que habia ido á un pueblo vecino á comprar madera debia estar ya de vuelta: y que yo no podia dejarle ignorar mas largo tiempo mi regreso.

Rosa me suplicó con las manos juntas que al dia siguiente fuese muy temprano: sus ojos se fijaron en mí con una dulzura celeste, Mr. Pavelyn me estrechó de nuevo la mano. Yo salí consolado, y casi dichoso, y tomé al lado de mi madre el camino de nuestra casa.

XXX

AL dia siguiente, despues de una noche agitada por sueños llenos de inquietud y de esperanza me levanté á la primera luz del alba: mas por vivo que fuese mi deseo de ir al lado de Rosa, hube de pasar un rato al lado de mis padres para hablarles de mi fuga y de mi actual situacion: comprendia, y mi madre me lo aseguraba tambien, que Rosa estaba muy fatigada, y que yo no debia privarla de un reposo que la era muy necesario, con una visita demasiado matinal.

Las nueve daban en el campanario del pueblo, cuando me determiné á ir al castillo.

Cuando entré en el jardin ví desde léjos á Rosa, sentada con su madre bajo la sombra de un gran tilo, vestido de un verde y espeso ramaje: esta prueba de que las emociones de la víspera no la habian empeorado me causó tal alegría que no pude contener un grito de triunfo.

Rosa me hizo señal de que me sentase á su lado. Mme. Pavelyn, despues de haber cambiado algunas palabras con nosotros, se levantó y se alejó de allí.

Cuando hubo desaparecido, me dijo Rosa:

—Leon, he rogado á mi madre, que me deje sola con vos: ayer no hemos podido hablar con libertad: hablemos ahora de corazon á corazon: decidme: durante esta triste ausencia habeis pensado mucho en mí?

—¡Oh Rosa! exclamé: ¿en qué consiste mi vida sino en